

ANDRÉS HOFER.

¡TIROL! ¡Escudo del Austria! con cuánta razón mereces este nombre! Tus escondidas é inaccesibles montañas, tus firmes y valientes hijos ofrecen una muralla inexpugnable al invasor, y un seguro asilo al amigo que fia en tu hospitalidad. Tus extensos valles en que florecen la paz y la abundancia, defendidos por los nevados Alpes que severos se levantan majestuosamente, son dignos de tus habitantes—raza fuerte, reposada y llena de gracia en la paz como sus valles, y en la guerra altiva y dura como sus ásperas y escarpadas montañas. Rápido, invenci-

ble en la guerra defensiva, que es la única que emprender debieran seres racionales tus bravos hijos ¡oh Tirol! exentos de ambicion, libres del deseo de conquistas, no se precipitan sin ser provocados á la guerra ofensiva. Contentos con lo que poseen, no buscan nuevas adquisiciones; amando la paz respetan la de sus vecinos, y á la vez que mantienen su propia libertad, extienden su bandera protectora á las llanuras del Austria.

¡Tierra de montes y de valles! permite que extranjera mano intente pintar tu variada superficie. Aquí rica en bosques y en mieses, allí en prados y viñedos; la vista unas veces se pierde en llanos en que ondean las azuladas flores del lino, en medio de la brillante verdura de su follage, otras se detiene en vastas siembras de tabaco cuyos altos tallos y cuyas anchas hojas forman casi un bosque. Ya se detiene en los graciosos contornos de las moreras cuyas hojas alimentan á las mas bellas familias de gusanos de seda, ya se pierde entre magníficos jardines que

ostentan las flores de la primavera y los frutos del otoño. Descansando en el abrigado valle, la aldea se asoma entre su manto de verdura; la cabaña se destaca tranquila al borde del claro rio, la choza solitaria levanta su sencillo techo sobre la roca escarpada, en la ladera de la montaña ó en el umbroso recodo.

El espacioso lago extiende sus tranquilas aguas, rodeadas de bosques, prados, barrancas y cañadas, y de campos horizontales ó inclinados, densamente cubiertos de aldeas, de granjas y cabañas. De allí nace el rio al principio corriendo suavemente, espumando despues sobre las rocas, y despeñándose por la montaña, para volver con serena corriente á serpentear apacible por el profundo valle. Al pié de las alturas de los Alpes, se unen los lentos manantiales de los montes y forman una corriente, que al avanzar recibe el tributo de arroyos y riachuelos y así se convierte en un rio que majestuoso atraviesa el llano y baña los edificios de la ciudad, llevando sobre sus

aguas la barca mercante y la nave del Estado. Así el Inn, ligero riachuelo en el Innthal, corre como grande arroyo al traves de Innsbruck, y de allí saliendo del Tirol atraviesa la Baviera, y afluye al Danubio en Passau. Á sus orillas hay ricos campos y bosques, miéntras que acá y allá las ruinas de un fuerte y de un castillo conservan un resto de majestad en la cumbre de escarpados precipicios. Hileras de castaños sombrean los caminos, miéntras las ásperas crestas del Brenner, el monte mas alto de los Alpes tiroleses, forman una magnífica cortina detras de la ciudad de Innsbruck, digno cuadro del paisaje que encierra.

Miéntras que las ligeras y ágiles cabras pascen en las alturas y saltan de roca en roca, los espesos bosques estan habitados de osos, lobos y zorras. Extensas neveras estan á corto trecho de Innsbruck, de modo que el viagero que deja toda la pompa del estío en el valle, pasa en pocas horas á la esterilidad del invierno. Estas

neveras han sido descritas como tumultuosas ondas del océano heladas de repente,—inmensos lienzos de hielo llenos de ondulaciones, limitados por majestuosas montañas coronadas de nieve. La blancura deslumbrante de la nieve se ve á veces interrumpida por oscuras rocas que se levantan agudas y estériles entre aquel mar helado é inmóvil. Una que otra ave salvaje suele cruzar el helado desierto, siendo su grito el único ruido que interrumpe el terrible silencio, excepto cuando ruge la tempestad y cuando las cavernas y las rocas son azotadas por impetuosos huracanes;—excepto cuando estalla el rayo y el eco de las montañas repite su espantoso fragor, que va creciendo y reproduciéndose hasta que se pierde en el valle.

Tal es el país. El pueblo es verdaderamente digno de la tierra que le sirve de morada. El emperador Maximiliano decia que “el Tirol era como el traje del labrador, tosco en verdad, pero fuerte y caliente.”

En todas las invasiones extranjeras se han distinguido los tirolese por su valor y patriotismo, así como por su adhesión á la casa de Austria, uniéndose hasta las mugeres y los niños á sus maridos y á sus padres para defender la tierra natal. Los bávaros han sido repetidas veces rechazados en sus tentativas contra el Tirol, y en 1774 los franceses, aliados de la Prusia, fueron completamente derrotados por estos rústicos montañeses. Los príncipes de Austria, con el título de condes del Tirol parecen haber regido á este púeblo valiente y generoso con dulzura y buena política, pues se pinta como muy próspera la situación que guardaba este país ántes de la revolucion francesa.

El Tirol, que por el lado del Oeste limita con la Suiza, ofrece mucha semejanza con este país encantador, tanto en el carácter de sus habitantes, cuanto en los rasgos peculiares de sus paisajes. Amor ardiente á la libertad, resuelto espíritu de independencía, franqueza, lealtad,

un porte grave, pero á la vez placentero: he aquí los principales rasgos que distinguen al tirolés, lo mismo que al suizo. Tienen tambien una melodía nacional que les es peculiar y los agresivos cantos de estos pastores de los Alpes, cuando vagan en medio de sus valles, son repetidos por los ganaderos que andan por las cimas de las montañas. Los nevados Alpes levantan sus altivas cumbres en todas direcciones y por todas partes forman risueños valles engalanados de granjas y cabañas.

Los tirolese emplean el verano en criar gusanos de seda, en cazar (su diversion favorita que los hace llegar á ser admirables tiradores), y en cultivar la viña, el maíz, el cáñamo, el lino y el tabaco. Cuando terminan sus tareas campestres, algunos van á otras tierras á procurarse una humilde subsistencia. Estos grupos de viajeros entretienen las fatigas del camino tañendo sus teorbas, y cada uno lleva su maleta y provision de pan de avena. En el invierno, cada familia

vuelve al albergue de su cabaña, y olvida los rigores de esta triste estacion, dedicándose á las tareas de la vida doméstica. Las mugeres se ocupan en hilar, en tejer y en bordar, miéntras que el torno y otros trabajos varoniles entretienen á los hombres. Estas ocupaciones domésticas que unen y estrechan á los miembros de una familia, parece que evidentemente mejoran el carácter humano y alimentan los sentimientos sociales y benévolos, pues donde quiera que esas ocupaciones prevalecen, se encuentran las mejores virtudes. Sabemos que existen muchas virtudes sociales, y estan difundidos los conocimientos en las heladas soledades del Tirol, en los valles alpinos de la Suiza, y en las largas noches de la Islandia. Bien harian los legisladores en considerar hechos tan dignos de atencion y empeñarse en sus decretos en inspirar amor al HOGAR DOMÉSTICO á los seres á quienes deseen hacer felices.

La aislada situacion de sus cabañas y aldeas

obliga á los tirolesees á ejercer sus conocimientos y su trabajo en satisfacer todas sus necesidades. De aquí proviene que muy á menudo estos industriosos montañeses posean mucha habilidad mecánica y que en sus chozas rara vez falte algo de lo que contribuye á hacer cómoda la existencia. Los arroyos del monte, desprendiéndose de peña en peña son llevados á mover el molino y á segar las siembras. Las piedras arrancadas de la roca se transforman en estatuas para adornar sus templos y sus oratorios particulares. Que estas obras de escultura estan á veces acabadas con habilidad y elegancia extraordinarias, lo comprueba la observacion de un viagero moderno, Kotzebue, quien dice que en el gabinete de antigüedades de Paris existe una piedra tan exquisitamente trabajada por el tirolés Pichler, que el hombre mas inteligente en arqueología, Winkelman, se engañó hasta tal punto que escribió acerca de ella un tratado y mandó copiarla en un grabado en cobre, creyendo que era una produccion antigua.

Otros viajeros hablan tambien con grandes encomios de Pedro Arrick, como del primer geógrafo de la Alemania, y Pedro Arrick no es mas que un simple ganadero tirolés. Otros muchos ejemplos pueden citarse del talento y de la habilidad superior de los naturales del Tirol; pero es imposible conocer su carácter y los hábitos de su vida, sin conocer que de ellos debe resultar esta perfeccion en las artes y en las ciencias. El espíritu de libertad é independencia y el constante espectáculo de las magníficas escenas de las montañas deben engendrar muy elevados pensamientos, y el incesante esfuerzo de la invencion y de la industria, deben dar el poder mecánico de expresar esos pensamientos en producciones grandiosas y bellas.

En una de las proclamas dirigidas en 1809 á los tirolese, por el archiduque Juan, les recuerda que el Tirol fué apellidado "el escudo del Austria" por el emperador Maximiliano I, y que Carlos V de famosa memoria lo

llamó mas enfáticamente "el corazon del Austria."

Mas de una vez han sido turbadas por invasores la paz y la felicidad de estos bravos montañeses, y ellos con su lealtad y con su valor, mas de una vez las han salvado y defendido. En 1805 los tirolese se opusieron con buen éxito á las fuerzas combinadas de la Francia y de la Baviera; pero en la paz que se hizo despues, el emperador de Austria cedió el Tirol á la exigencia del usurpador corso, quien, despues de sacar del país cuantas riquezas pudo arrancarle, regaló la infeliz provincia á su vasallo el rey de Baviera.

Justamente indignados los tirolese de esta baja y cruel accion, llegaron al extremo de la desesperacion al sufrir las rapaces medidas de su nuevo soberano. El príncipe de Baviera, desleal á la casa imperial de Alemania y traidor á sus antiguos compañeros los tirolese, obró como tirano mas bien que como monarca de sus injustamente adquiridos dominios. Dia por dia se de-

cretaron nuevos impuestos y se exigieron con la mayor crueldad, se abolieron las antiguas leyes, y las nuevas disposiciones cercenaron y encadenaron la libertad y la independencia. Los templos fueron saqueados y los edificios públicos destruidos ó vendidos. El pueblo era tratado en todas partes con la dureza mas brutal, las mugeres insultadas, los hombres ultrajados.

Durante tres años sufrieron los tirolesees este cúmulo de injurias con triste y severa calma, que les era inspirada por la esperanza de que llegara la hora de vengarse. Era esta calma como la tregua de la tempestad que reúne sus fuerzas para estallar con un furor mortal y concentrado. Llegó el momento ansiado con tanta impaciencia: el Austria permitió una insurrección y en un instante el Tirol se puso sobre las armas.

Como jefe y director de estas valerosas masas, el nombre de Hofer ha sido trasmitido á la posteridad en los anales de la fama. Precisamente cuando su país necesitaba una cabeza que lo

guiara y un brazo esforzado, salió este héroe de su humilde condicion para reunir á los patriotas hijos del Tirol. ¿Quién era? Un simple pastor, hijo de otro pastor. Volvamos por un instante la sangrienta página de la guerra, para trazar la sencilla historia de este humilde montañés, del mas famoso entre los primeros patriotas que proyectaron, y, durante algun tiempo, llevaron á cabo la emancipacion del Tirol.

En el escondido y primoroso valle de Passeyr, tan pintoresco y encantador que ha recibido el nombre de Suiza tirolesa, en la aldea de Sands nació Hofer, el 22 de noviembre de 1767, siendo su madre María Aignetleiterin. La morada de su padre á menudo habia dado albergue al caminante cansado y extraviado. Sin asemejarse á los espléndidos hoteles, ni á los miserables mesones de otros climas,¹ las posadas de las colinas y valles del Tirol son generalmente residencia de

¹ Véase el viage á Italia de Ricardo Lassel. 1870. Paris.

algun respetable labrador, que además de sus otras ocupaciones campestres, abre una puerta hospitalaria, donde ofrece reposo al cansado y abandonado peregrino.

Seguramente Hofer siguió el ejemplo de la franca hospitalidad que le había dado su padre, y de aquí proviene que los que conocen poco el país y sus costumbres lo hayan tomado por un posadero comun. No lo era, y si lo hubiera sido esta circunstancia, en vez de rebajar, aumentaría su mérito.

La educación de Hofer fué superior á la que generalmente reciben las personas de su clase. Hablaba correctamente el italiano y era universalmente respetado por su piedad, por su honradez y por la lealtad de sus sentimientos. Muy joven todavía, se distinguió como uno de los representantes tirolese en la dieta de 1790, en la que se presentó como diputado por el valle de Passeyr. En sus primeros años tomó parte activa en los valerosos esfuerzos, en virtud de los cuales los

franceses y bávaros fueron tantas veces combatidos y derrotados, y el emperador recompensó sus brillantes servicios con una medalla de oro y con la orden de María Teresa.

Durante los tres terribles años de esclavitud, Hofer apareció tres ocasiones en la corte de Viena, haciendo valer la miseria de sus vejados compatriotas é implorando el auxilio del Austria para vengar sus agravios, ó que se les permitiera emanciparse.

Escogido por los hombres de su valle para acaudillarlos en toda empresa guerrera, también había sido electo por ellos para desempeñar cargos de autoridad. Ocupando así un puesto elevado, resolvió también demostrar preeminencia en su mérito, *demonstrar*, no *desplegar*, pues en todas sus acciones Hofer probó que estaba dotado de singular modestia y humildad.

Estando al corriente de los negocios públicos pudo conocer cuál era la época en que más favorablemente podía intentarse el esfuerzo de reco-

brar la independencia de su patria. Un vislumbre de proteccion de parte del Austria lo decidió á obrar.

En este crítico momento Hofer estaba en toda la fuerza de su edad, sus formas eran hercúleas, sus ojos negros y penetrantes, su andar firme y majestuoso. Tales eran sus dotes como soldado. Como hombre y como jefe, poseía además otras cualidades singularmente á propósito para hacerlo amado y popular. Su voz era suave y cadenciosa é inspiraba confianza y estimacion, miéntras que una rara expresion de bondad en su sonrisa le ganaba todos los corazones y lo hacia simpático á cuantos lo conocian. En todo negocio importante se conducia con la apacible humildad y resignacion del cristiano. "En todas sus acciones," dice el historiador, "su talento fué tan notable como su valor."

Su traje era generalmente el de su país: una túnica verde oscura, abierta por el cuello y por el pecho, un sombrero verde de anchas alas, y

un cinturon negro de que pendia su espada. En el campo de batalla no llevaba mas distintivo para darse á conocer como jefe, que una larga pluma de garza en el sombrero. En los dias de fiestas y de regocijos públicos, se presentaba con la medalla de oro y con la cruz de María Teresa, llevándola al pecho pendiente de una gran cadena de oro. Se habia dejado crecer la barba, y cuando montaba á caballo, su aspecto era verdaderamente imponente.

Era tal su tierna y apasionada adhesion á su país, que una palabra relativa á la prosperidad del Tirol, una alusion á las personas ó la suerte de la casa de Austria, hacian asomar el llanto á sus ojos y no lo dejaban pronunciar ni una palabra, aunque, segun el testimonio de los que presenciaron su vida, obraba en los mas críticos momentos de sus luchas interiores

"Come un eroe cristiano, e martire intrepido."

Durante una corta permanencia en Viena,

Hofer logró combinar el atrevido proyecto de volver á su patria á su legítimo soberano, proyecto que, aunque de muchos conocido, por nadie fué traicionado.

Austria dió la señal, y en un instante el Tirol se puso sobre las armas. Hofer, en espera de la señal, se consagró á sus deberes sociales y domésticos. Fácil es pintar su situación. Su morada revestida de viñas estaba abajo de la montaña, entre cobertizos rurales é instrumentos de labranza; sus ganados vagaban en los campos de su casa, sus rebaños trepaban por las alturas de los Alpes; su esposa, su hijo, su hija, tal vez su encanecido padre, vivían con él en la humilde cabaña, donde habia experimentado y gozado los mas dulces afectos del corazón humano y donde habia aprendido y cumplido los mas nobles deberes. Durante las tempestades del invierno, tal vez algun caminante extraviado participaba del calor de la estufa y de la mesa hospitalaria, mientras Hofer cerca de la lámpara seguía en un silencio tran-

quilo, pero no desatento, trabajando con su torno, y solo levantaba los ojos para dar al extranjero una sonrisa de bienvenida. Á su lado, su esposa — llamémosla Constanza — agitaba la rueca zumbadora, contestando á cada elocuente ojeada de su marido con miradas de amor y de ternura, y parando su rueca para atender á las faenas domésticas, para oír, escuchar y remediar las penas de sus vecinos. Los niños, ya en las rodillas de su abuelo, ya besando el cuello de su madre, ya estrechando afablemente la mano del extranjero, ya corriendo hácia la puerta, llevaban pan ó leña al desvalido mendigo. El anciano abuelo, con unos cuantos rizos blancos esparcidos en su elevada y calva frente, hablando alegremente entretenía al huésped con narraciones de otro tiempo, de cuando el Tirol era libre, feliz é independiente, bajo el gobierno de sus legítimos señores. Tal vez el anciano mezclaba en sus pláticas el recuerdo de las hazañas y de la gloria de su hijo; pero entónces este ruborizándose, con una

mirada detenía aquellas efusiones de la expansiva ancianidad. Así pues, el viejo solo podía hablar del Tirol, y cuando contaba acontecimientos tristes ó terribles, Constanza suspiraba y se estremecía y miraba á Hofer con llorosos ojos, miéntras este frunciendo el ceño, poniéndose en pié indignado y pronunciando imprecaciones entre dientes, expresaba las distintas emociones que agitaban su pecho.

En el estío, el sol poniente veía á la familia reunida á la sombra de los copados castaños que servían de toldo á la cabaña. Era la hora del descanso y del desahogo, y los aldeanos contentos la señalaban con la música alegre peculiar del país, y con los gozosos bailes comunes á las diversiones campestres. Los alegres sonidos, difundándose en el aire, llegaban al grupo de la familia y despertaban sentimientos de dulce simpatía. Los niños saltaban al compas de la música que les era conocida, y el abuelo para complacerles, brincaba tambien bajo el peso de sus

ochenta inviernos. La rueca caía de las manos de Constanza, y perdiéndose esta en tiernos meditaciones, dejaba que llenara su alma la influencia de aquellos apacibles momentos. Entretanto, Hofer, tranquilo, grave, pensativo, al ver bajar al sol en esplendente gloria detras de las alturas de los Alpes, contemplaba en silencio aquellos fuertes baluartes de su patria, y calculaba cuántas veces el astro habia de salir y de ponerse ántes de que la libertad volviera á sonreír al Tirol. Con los brazos extendidos, apoyándose en el árbol robusto, á cuya sombra descansaba su familia, permanecía Hofer meditando largamente y expresando fielmente en el rostro, las cavilaciones de su espíritu. Movía los labios con desden, sus ojos parecían desafiar el peligro, la palidez de una venganza profunda emblanquecía su mejilla, ó el vehemente ardor de una pasión generosa le enrojecía la frente. Todos respetaban el silencio del héroe de la montaña y nadie se atrevía á interrumpir sus frecuentes meditaciones.

Sin embargo, de repente pudo notarse que habían desaparecido estos ratos de abstracción— que sus movimientos eran lentos y reposados, y que había extraordinaria calma en sus acciones y en su mirada. Constanza observó este cambio en su marido con profética ansiedad de espíritu. Nada se atrevía á preguntar, porque, aunque Hofer en sus negocios no tenía secretos para ella, en los negocios públicos, aun con ella, era estrictamente reservado. La florida primavera se engalanaba ya con sus primeros renuevos, habían cesado las tempestades del invierno, la nieve había desaparecido de los valles, y se deshela en las laderas de los montes. Los habitantes del valle de Paseyr se reunían diariamente, ántes de la época en que solían hacerlo, para tirar al blanco y practicar sus ejercicios militares. Hofer estaba constantemente entre ellos, y siendo el mejor tirador del valle, sus consejos y su aprobación servían de estímulo á sus rústicos compañeros. En sus simulacros de batallas siempre era elegi-

do para el mando; pero una vez concluido el ejercicio del día, renunciaba su rango, y él, que era en el día jefe activo y vigilante, era en la tarde humilde y afable compañero de todos los demas.

Algunos labradores habían pasado entre la aldea de Sands, residencia de Hofer en Paseyr, y la ciudad de Innsbruck, capital del Tirol. Se creía que estos hombres eran portadores de cartas del héroe popular á sus amigos militares de la capital. El anciano, á quien su hijo confiaba respetuosamente los mas importantes secretos, andaba con cierto aire de rejuvenecimiento, y tenía miradas de triunfo. Ya no hablaba de la servidumbre, ni de la opresión del Tirol. Ya no era tema de sus conversaciones en la noche el recuerdo de la libertad y de la ventura, como bienes pasados que jamás habían de recobrase. Había cesado de suspirar y de andar sobresaltado. Hablaba de libertad, de felicidad, de independencia, y sus oyentes se enardecían con sus discursos. Los ánimos, contenidos por un senti-

do de deber y de prudencia, pero jamás doblegados por el miedo, estaban prontos á levantarse á la primera señal. Podia notarse que todos los que rodeaban al anciano Hofer en sus nocturnas pláticas, ó unian á su ardoroso hijo en sus matutinos ejercicios, se retiraban con las mejillas encendidas y con los ojos inflamados. Nada se habia descubierto; el secreto, si lo habia, estaba religiosamente guardado por centenares de personas; ni uno solo de los que no estaban iniciados pensó jamás en hacer una pregunta; todos parecian confiar en que fuera lo que fuese lo que Hofer proyectase, habia de ser bueno para todos, y que por tanto, estar preparados y listos á la primera señal, para obedecer sus órdenes, era solo lo que tenian que hacer.

Tal era el estado de los ánimos, y tal la situacion de las cosas al aproximarse el memorable 10 de abril de 1809. Dos noches ántes de este dia un correo entró á galope á Sands y gritó á Hofer que se veia un polvo de aserrin flotando en

el rio Inn, y que esta era la señal convenida para la rebelion.

Al dar esta noticia, tan bien comprendida por Hofer, el mensajero le dió ejemplares de una proclamacion que habia ayudado á preparar á los otros jefes, y que ya iba á ser distribuida.

Héla aquí:

“TIROLESES!

“¡Sed valientes! ¡mantenéos unidos! Esto es lo que necesitais para la redencion de vuestra patria. Pólvora y balas deben ser el alimento de vuestros enemigos: llegarán mejor á sus corazones que vuestras súplicas y vuestras desgracias. Nos les opondremos con las armas y con el antiguo valor tirolés. El enemigo puede apoderarse de todo. Os prometemos compensacion y venganza. Es traidor y cobarde el que deserte de su bandera. En los campos, en los bosques, en las montañas que Dios os ha dado, y donde vuestros hijos se han refugiado de la opresion, os